

Del tiempo y leyendas incomprensibles

A lo largo de los siglos, filósofos, escritores y psicólogos han tratado de conceptualizar lo que conocemos como el género narrativo de la “leyenda”. Entre otras características, como la ecotipicidad y la profusión de modelos arquetípicos junguianos, las leyendas son la concentración narrativa de símbolos históricos y folclóricos, describiendo y cristalizando los valores y anti-valores de una comunidad. Más allá de pretender argumentar a favor de su autonomía como género literario o de querer definir sus límites conceptuales, sirva la oportunidad para realizar una breve referencia a un episodio legendario de la historia suiza: el de Guillermo Tell.

El personaje de Tell es claramente legendario. No existe ninguna evidencia historiográfica que permita inferir que realmente existió antes de las leyendas que fueron recogidas y universalizadas por las obras maestras de Schiller y de Rossini del romanticismo del siglo XIX, piezas que aportaron nuevos elementos a la tradición. Sin embargo, de alguna manera, las diferentes versiones coinciden en que, a fines del siglo XIII y comienzos del siglo XIV, los cantones helvéticos que nacieron libres (Uri, Schwyz y Unterwald) se encontraban bajo la anexión de Austria, principado de los duques Federico y Leopoldo de Habsburgo. Tell, luego de pasar por enfrente del sombrero del gobernador austriaco Hermann Gessler colgado en la plaza pública de Altdorf, no cumplió con presentar sus respetos. Por esa razón, se le permitió escoger entre ser ejecutado o disparar una flecha contra una manzana sostenida por la cabeza de su propio hijo: eligió, incomprensiblemente, lo segundo. Al triunfo de Tell al lograr el reto, siguió la emoción y revuelta de los campesinos suizos de los cantones aledaños y la subsecuente formación de la Confederación Helvética, considerándose este evento como un capítulo épico en la historia de la independencia suiza y hasta, en versiones más atrevidas, de la creación de su bandera.

Mientras que la mayoría de interpretaciones de esta leyenda, destacan los valores de valentía, sagacidad, habilidad y armonía, propios de los cantones suizos, aquí deseamos resaltar únicamente un elemento que podría sintetizar la historia de Tell: la obstinación irracional. La tradición coincide en que Tell, cegado por el deseo de libertad de su pueblo, escogió, en lugar de su propia muerte, una alternativa que podría conducir a la muerte de su hijo, un exceso de obstinación que, para algunos, podría significar una decisión extremadamente arriesgada. Probablemente, algunos estudiosos habrían catalogado esta conducta como un caso paradigmático de *hybris*, un término griego para simbolizar una actitud de sobremesura y exceso de confianza en uno mismo, identificable en la escena de Prometeo llevando el fuego a los hombres sabiendo que podía ser castigado, de Ícaro volando hacia el Sol, o de los mismos acadios pretendiendo construir una Torre de Babel para llegar al Cielo. El historiador británico Arnold Toynbee identificó la *hybris* también como una falencia de las civilizaciones en reaccionar frente a los desafíos y, finalmente, estancarse o desaparecer.

Otros nos resistimos a pensar que hay *hybris* o irresponsabilidad en esta historia. Lo que hay es un poco de misticismo, de algo que es desconocido e incomprensible. Finalmente, Guillermo Tell toma una decisión no para incrementar su fama de ballestero ni tampoco por razones egoístas: lo hace con un sentido comunitario que, por un momento, trastoca el orden de prioridades clásico y, bajo la visión romántica decimonónica, explica en clave de leyenda decisiones incomprensibles. Son esas cosas que hacemos o decidimos, no guiados por una estructura de pensamiento lógico, sino por sentimientos apasionados o por motivos inexplicables. En IUS ET VERITAS, desde hace 21 años, trabajamos así: con pasión, que solo puede ser comprendida por aquellos que, como Guillermo Tell, desafían la razón desbordados por el entusiasmo legendario de la búsqueda de la felicidad. Ese entusiasmo se refleja cada vez que cumplimos con producir lo mejor en Derecho, y cuando respondemos a cada nuevo desafío que el mercado nos exige, pero también cuando comprobamos que, a medida que pasan los años, vamos aprendiendo a vivir (como nos tocó decir en el número 10 de esta revista) haciendo de vez en cuando visiones en retrospectiva



(número 20), en casa o fuera de ella (número 30), pero siempre creciendo con IUS ET VERITAS (número 40). Al final, trabajar en IUS ET VERITAS, es lo más cercano a una leyenda: es un cúmulo de emociones y experiencias de las que no quedarán probablemente rastros a medida que pase el tiempo, pero que servirán como un crisol individual de los valores que se proyectarán en el futuro.

Y, por eso y para siempre, te agradezco, IUS ET VERITAS.

La Dirección Ejecutiva